

LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR EN LOS EVANGELIOS

BIBLIA DE NAVARRA¹

Del Papa Francisco (*Regina Cœli* del lunes 21 de abril de 2014)

«En esta semana [de Pascua], nos hará bien tomar el libro del Evangelio y leer aquellos capítulos que hablan de la resurrección de Jesús; nos hará tanto bien tomar el libro y buscar los capítulos y leer aquello».

- [Mateo 28, 1-20](#)
- [Marcos 16, 1-20](#)
- [Lucas 24, 1-53](#)
- [Juan 20,1 – 21,25](#)
- [DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA](#)

MATEO 28, 1-20

(28, 1-15)²

¹ Las notas de la Biblia de Navarra son anteriores a la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Se añaden los textos correspondientes al final de esta recopilación.

² La Resurrección de Jesucristo, realizada en las primeras horas del domingo, es un hecho que todos los Evangelios afirman de modo claro y rotundo: Unas santas mujeres comprueban con asombro que el sepulcro está abierto. Al entrar en el vestíbulo (cfr Mc 16,5-6), ven a un ángel que les dice: «No está aquí, porque ha resucitado como había dicho». Algunos guardias, los que estaban de vigilancia cuando el ángel hizo rodar la piedra, fueron a la ciudad y comunicaron a los pontífices todo lo sucedido. Como el asunto era urgente, optaron por sobornar a los guardias: les dieron bastante dinero con la condición de divulgar que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo de Jesús mientras dormían. «¡Astucia miserable!, dice San Agustín, ¿presentas testigos dormidos? ¡Verdaderamente estás durmiendo tú mismo al imaginar semejante explicación!» (*Enarrationes in Psalmos*, 63,15). Los Apóstoles que días antes habían huido por miedo, serán ahora, después de haberlo visto y de haber comido y bebido con El, los predicadores más incansables de este hecho. «Este Jesús —dirán— es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos» (Hch 2,32).

Cristo, del mismo modo que predice su subida a Jerusalén, su entrega en manos de los judíos y su muerte, predice su resurrección al tercer día (Mt 20,17-19; Mc 10, 32-34; Lc 18,31-34). Con la resurrección Jesús cumple la señal que sobre su divinidad había prometido dar a los incrédulos (Mt 12,40).

La Resurrección de Cristo es uno de los dogmas fundamentales de nuestra fe católica. En efecto, San Pablo dice: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación; vana también es vuestra fe» (1 Cor 15,14). Y para ratificar la afirmación de que Cristo resucitó nos dice «que se apareció a Cefas, luego a los Doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos viven todavía y algunos murieron; luego se apareció a Santiago; luego a todos los apóstoles; y después de todos, como a un abortivo, se me apareció también a mí» (1 Cor 15,5- 8). Ya los primeros Símbolos afirman que Jesús resucitó al tercer día (Símbolo Niceno), por su propia virtud (Símbolo *De Redemptione*), con una verdadera resurrección de su carne (Símbolo de San León IX), volviendo a unirse su alma con su cuerpo (Inocencio III, *Eius exemplo*), resultando este hecho de la resurrección históricamente demostrado y demostrable (San Pío X, *Lamentabili*, n. 36).

«Por el nombre de Resurrección no debe entenderse únicamente que Cristo resucitó de entre los muertos (...) sino que resucitó por su virtud y poder propio, lo cual fue exclusivo y singular en El (...); lo confirmó el mismo Señor con el divino testimonio de su boca: ‘porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita sino que yo la doy libremente. Tengo poder para darla y tengo poder para tomarla de nuevo’ (Jn 10,17-18) (...) Asimismo dijo a los judíos,

EL SEÑOR RESUCITA Y SE APARECE A LAS MUJERES

1 Pasado el sábado, al alborear el día siguiente, marcharon María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. **2** Y de pronto se produjo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo, se acercó, removió la piedra y se sentó sobre ella. **3** Su aspecto era como de un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. **4** Los guardias temblaron de miedo ante él y se quedaron como muertos. **5** El ángel tomó la palabra y les dijo a las mujeres:

—Vosotras no tengáis miedo; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. **6** No está aquí, porque ha resucitado como había dicho. Venid a ver el sitio donde estaba puesto. **7** Marchad enseguida y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis. Mirad que os lo he dicho.

8 Ellas partieron al instante del sepulcro con temor y una gran alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos. **9** De pronto Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron. **10** Entonces Jesús les dijo:

—No tengáis miedo; id a anunciar a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán.

SOBORNO DE LOS SOLDADOS

11 Mientras ellas se iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido. **12** Se reunieron con los ancianos, se pusieron de acuerdo y dieron una buena suma de dinero a los soldados **13** diciéndoles:

—Tenéis que decir: «Sus discípulos han venido de noche y lo robaron mientras nosotros estábamos dormidos». **14** Y en el caso de que esto llegue a oídos del procurador, nosotros le calmaremos y nos encargaremos de vuestra seguridad.

para confirmar la verdad de su doctrina: ‘destruid este Templo y en tres días lo levantaré... pero Él hablaba del templo de su cuerpo’ (Jn 2,19-21) (...) Y si bien leemos alguna vez en las Escrituras que Cristo Nuestro Señor fue resucitado por el Padre (cfr Hch 2,24; Rom 8,11), esto se le ha de aplicar en cuanto hombre; así como, por otra parte, se refieren a El mismo en cuanto Dios aquellos textos en que se dice que resucitó por su propia virtud» (*Catecismo Romano*, I, 6,8).

No es una vuelta a su anterior estado de vida terrestre, sino que es Resurrección gloriosa: es decir, plenitud de vida humana, inmortal, liberado de todas las limitaciones de tiempo y de espacio. Como consecuencia de la Resurrección el cuerpo de Cristo participa de la gloria que desde el principio llenaba el alma del Señor. Aquí está la singularidad del hecho histórico de la Resurrección, por lo que se constituye en objeto de fe. No todos pueden verlo, sino que es una gracia que El concedió a algunos, para que fueran los testigos de esa Resurrección, y los demás creamos por el testimonio de ellos.

La Resurrección de Cristo fue necesaria para que se completara la obra de nuestra Redención. Porque Jesucristo con su Muerte nos libró de los pecados; pero con su Resurrección nos devolvió los bienes que habíamos perdido por el pecado y además nos abrió las puertas de la vida eterna (cfr Rom 4,25). Igualmente, el haber resucitado de entre los muertos por su propia virtud es prueba definitiva de que Cristo es el Hijo de Dios y, por tanto, su Resurrección confirma cumplidamente nuestra fe en su divinidad.

La Resurrección de Cristo, como se ha señalado, es la verdad más trascendental de nuestra fe católica. Por eso San Agustín exclama: «No es grande cosa creer que Cristo muriese; porque esto también lo creen los paganos y judíos y todos los inicuos: todos creen que murió. La fe de los cristianos es la Resurrección de Cristo; esto es lo que tenemos por cosa grande: el creer que resucitó» (*Enarrationes in Psalmos*, 120).

El misterio redentor del Señor, que comprende su Muerte y su Resurrección, se aplica a todo hombre por el Bautismo y los demás sacramentos, mediante los cuales queda el creyente como sumergido en Cristo y en su muerte, es decir, místicamente compenetrado, muerto y resucitado con Cristo: «consepultados, pues, fuimos en El por el Bautismo en orden a la muerte, para que como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida» (Rom 6,4).

Señales de nuestra resurrección con Cristo son el deseo ardiente de buscar las cosas de Dios y además el gusto interior del alma por ellas (cfr Col 3,1-3).

15 Ellos aceptaron el dinero y actuaron según las instrucciones recibidas. Así se divulgó este rumor entre los judíos hasta el día de hoy.

APARICIÓN EN GALILEA Y MANDATO APOSTÓLICO UNIVERSAL

(28, 16-20)³

16 Los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. 17 Y en cuanto le vieron le adoraron; pero otros dudaron. 18 Y Jesús se acercó y les dijo:

—Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. 19 Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; 20 y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

MARCOS 16, 1-20

RESURRECCIÓN DE JESÚS

1 Pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús⁴. 2 Y, muy de mañana, al día siguiente del sábado, llegaron al sepulcro cuando ya estaba saliendo el sol. 3 Y se decían unas a otras:

³ Este breve pasaje, con que se cierra el Evangelio según San Mateo, es de extraordinaria importancia. Los discípulos viendo al Resucitado le adoran, se postran ante Él como ante Dios. Su actitud parece indicar que al fin son conscientes de lo que ya, mucho antes, tenían en el corazón y habían confesado: que su Maestro era el Mesías, el Hijo de Dios (cfr Mt 16, 18; Jn 1, 49). Les sobrecoge el asombro y la alegría ante la maravilla que sus ojos contemplan, que parece casi imposible, si no lo estuvieran viendo. Pero era realidad, y el pasmo dejó paso a la adoración. El Maestro les habla con la majestad propia de Dios: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra». La omnipotencia, atributo exclusivo de Dios, es también atributo suyo: está confirmando la fe de los que le adoran. Y, a la vez, enseña que el poder que ellos van a recibir para realizar su misión universal, deriva del propio poder divino.

Recordemos ante estas palabras de Cristo que la autoridad de la Iglesia, en orden a la salvación de los hombres, viene de Jesucristo directamente, y que esta autoridad, en las cosas de fe y moral, está por encima de cualquier otra de la tierra.

Los Apóstoles allí presentes, y después de ellos sus legítimos sucesores, reciben el mandato de enseñar a todas las gentes la doctrina de Jesucristo: lo que Él mismo había enseñado con sus obras y sus palabras, el único camino que conduce a Dios. La Iglesia, y en ella todos los fieles cristianos, tiene el deber de anunciar, hasta el fin de los tiempos, con su ejemplo y su palabra, la fe que ha recibido. De modo especial reciben esta misión los sucesores de los Apóstoles, pues en ellos recae el poder de enseñar con autoridad, «ya que Cristo resucitado antes de volver al Padre (...) les confiaba de este modo la misión y el poder de anunciar a los hombres lo que ellos mismos habían oído, visto con sus ojos, contemplado y palpado con sus manos, acerca del Verbo de la vida (1 Jn 1, 1). Al mismo tiempo les confiaba la misión y el poder de explicar con autoridad lo que Él les había enseñado, sus palabras y sus actos, sus signos y sus mandamientos. Y les daba el Espíritu para cumplir esta misión» (Juan Pablo II, *Catechesi tradendae*, n. 1). Por tanto, las enseñanzas del Papa y de los Obispos unidos a él, deben ser recibidas siempre por todos con asentimiento y obediencia.

También comunica allí Cristo a los Apóstoles y a sus sucesores el poder de bautizar, es decir, de admitir a los hombres en la Iglesia, abriéndoles el camino de su salvación personal.

La misión que, en definitiva, recibe la Iglesia en este final del Evangelio de San Mateo, es la de continuar por siempre la obra de Cristo: enseñar a los hombres las verdades acerca de Dios y la exigencia de que se identifiquen con esas verdades, ayudándoles sin cesar con la gracia de los sacramentos. Una misión que durará hasta el fin de los tiempos y que, para llevarla a cabo, el mismo Cristo Glorioso promete acompañar a su Iglesia y no abandonarla. Cuando en la Sagrada Escritura se afirma que Dios está con alguno, se quiere indicar que éste tendrá éxito en sus empresas. De ahí que la Iglesia, con la ayuda y asistencia de su Fundador Divino, está segura de poder cumplir indefectiblemente su misión hasta el fin de los siglos.

⁴ En la Ley de Moisés el descanso sabático se había establecido con carácter religioso y en cierto modo social: con el fin de que los israelitas pudieran dedicarse a la oración y al culto de Dios; y también como una forma de proteger el

—¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

4 Y al mirar vieron que la piedra había sido removida, a pesar de que era muy grande. 5 Entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, y se quedaron muy asustadas⁵. 6 Él les dice:

—No os asustéis; buscad a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde lo colocaron⁶. 7 Pero marchaos y decid a sus discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis, como os dijo⁷.

8 Y ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues estaban sobrecogidas de temblor y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, porque estaban atemorizadas.

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA

descanso de los trabajadores. Con el tiempo, los rabinos habían llevado hasta la exageración una minuciosa casuística de las cosas que se podían y no se podían hacer. Por esta causa las santas mujeres no podían hacer en sábado los trabajos que requería el embalsamar el cuerpo muerto del Señor y tuvieron que esperar al primer día de la semana.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia, este primer día es llamado domingo, «*dies Domini*» —día del Señor—. Porque «después de la tristeza del sábado —comenta San Jerónimo— resplandece un día feliz, el primero entre todos, iluminado con la primera de las luces, ya que en él se realiza el triunfo de Cristo resucitado» (*Comm. in Marcum*, in loc.). Esta es la razón por la que la Santa Madre Iglesia ha designado el domingo como especialmente consagrado al Señor, mediante el descanso dominical y el precepto de asistir a la Santa Misa.

⁵ Este, como otros muchísimos detalles de los Evangelios, nos muestra la extremada sobriedad de los evangelistas en la narración de los hechos históricos. Por el pasaje paralelo de San Mateo (28,5) sabemos que se trata de un ángel. Pero tanto Marcos como Lucas se limitan a reseñar lo que las mujeres vieron, sin más interpretación.

⁶ El delicado amor de estas mujeres les impulsa, en cuanto lo permite la Ley, a ir a embalsamar el cuerpo muerto de Jesús. El mismo amor no les hace reparar en dificultades. Y el Señor premia esa delicadeza con otra mayor: ser las primeras que tendrían noticia de su Resurrección. La Iglesia siempre ha invocado a la Santísima Virgen «*pro devoto femineo sexu*»: en favor de la piadosa mujer cristiana. En efecto, las mujeres, en los momentos tremendos de la Pasión y de la Muerte de Jesús, se muestran más fuertes que los hombres: «Más recia la mujer que el hombre, y más fiel a la hora del dolor. —¡María de Magdala y María Cleofás y Salomé!

»Con un grupo de mujeres valientes, como esas, bien unidas a la Virgen Dolorosa, ¡qué labor de almas se haría en el mundo!» (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 982).

«Jesús Nazareno, el crucificado»: el mismo nombre escrito en el título de la Cruz es proclamado por el ángel para anunciar el triunfo glorioso de su Resurrección. De esta forma San Marcos da explícito testimonio de la identidad del Crucificado y el Resucitado. El cuerpo de Jesús sobre el que se ensañaron los hombres tiene ahora vida inmortal.

«Ha resucitado»: La Resurrección gloriosa de Jesucristo es el misterio central de nuestra fe: «si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es también vuestra fe» (1 Cor 15,14). Y es también el fundamento de nuestra esperanza: «y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; todavía estáis en vuestros pecados (...). Porque, si sólo para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres» (1 Cor 15,17.19). La Resurrección ha supuesto el triunfo de Jesús sobre la muerte, el pecado, el dolor y el poder del demonio.

El misterio redentor del Señor, que Él realizó en su Muerte y su Resurrección, se aplica al creyente por medio del Bautismo y se consume en la Eucaristía: «consepultados fuimos en Él por el Bautismo en orden a la muerte, para que como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva» (Rom 6,4). «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,54). La Resurrección de Cristo da también la norma de nuestra nueva vida: «Si habéis conresucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra» (Col 3,2). Resucitar con Cristo por la gracia quiere decir que «así como Jesucristo, por medio de su Resurrección comenzó una vida nueva inmortal y celestial, así nosotros hemos de comenzar una nueva vida, según el Espíritu, renunciando totalmente y para siempre al pecado y a todo lo que nos lleva al pecado, amando sólo a Dios y todo lo que nos lleva a Dios» (*Catecismo Mayor*, n. 77).

⁷ La designación del apóstol Pedro por su nombre, es una manera de destacar la figura de quien hace cabeza en el Colegio Apostólico, precisamente en unos momentos en los que la turbación y el desaliento habían hecho presa en los Apóstoles. Es también una delicada manifestación de que Pedro ha sido perdonado de sus negaciones y una confirmación de su primacía apostólica.

(16, 9-20)⁸

9 Después de resucitar al amanecer del primer día le la semana, se apareció en primer lugar a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. 10 Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con él, que se encontraban tristes y llorosos. 11 Pero ellos, al oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS

12 Después de esto se apareció, bajo distinta figura, a dos de ellos que iban de camino a una aldea⁹; 13 también ellos regresaron y lo comunicaron a los demás, pero tampoco les creyeron.

APARICIÓN A LOS ONCE. MISIÓN DE LOS APÓSTOLES

14 Por último, se apareció a los once cuando estaban a la mesa y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que lo habían visto resucitado¹⁰. 15Y les dijo:

—Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura¹¹. 16 El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará¹². 17 A los que crean acompañarán

⁸ Estos versículos no vienen en algunos de los más antiguos e importantes códices, como el Vaticano y el Sinaítico. Seguramente son un añadido posterior al texto primitivo. En cualquier caso, son parte de la Sagrada Escritura inspirada y canónica.

⁹ La aparición del Señor a estos dos discípulos la relata ampliamente San Lucas (cfr 24,13-35).

¹⁰ Destaca San Marcos la incredulidad de los discípulos y su dureza de entendimiento para aceptar el hecho de la Resurrección, aunque Jesús lo había predicho (cfr Mc 8,31; 9,31; 10,34). Queda, pues, muy patente la actitud desconfiada de los discípulos, frente a las primeras apariciones de Jesús resucitado. Esta resistencia de los Apóstoles constituye para nosotros una garantía más de la veracidad del hecho de la Resurrección de Jesús. Los Apóstoles, que estaban destinados a ser testigos directos y autorizados del Resucitado, se resisten a aceptar el contenido de lo que ha de ser su testimonio ante todos los hombres, hasta que no lo comprueban de una manera inmediata y palpable.

No obstante, el Señor dirá: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron» (Jn 20,29). En el caso de los Apóstoles era preciso que, además de la fe en Cristo resucitado, tuvieran una clara evidencia de la Resurrección, puesto que habían de ser los testigos oculares que anunciaran con especial conocimiento de causa el hecho irrefutable de la Resurrección. En este sentido comenta San Gregorio Magno: «La razón de que los discípulos tardaran en creer en la Resurrección del Señor, no fue tanto por su flaqueza como por nuestra futura firmeza en la fe; pues la misma Resurrección demostrada con muchos argumentos a los que dudaban, ¿qué otra cosa significa sino que nuestra fe se fortalece por su duda?» (*In Evangelio homiliae*, 16).

¹¹ Este versículo contiene el llamado mandato apostólico universal, que es paralelo al de San Mateo 28,19-20 y al de San Lucas 24,46-48. Es un mandato imperativo de Cristo a sus Apóstoles para que prediquen el Evangelio a todas las naciones. Esa misión apostólica incumbe también, de modo especial, a los sucesores de los Apóstoles que son los Obispos en comunión con el Papa, sucesor de Pedro.

Pero no sólo ellos, sino toda «la Iglesia ha nacido con este fin: propagar el Reino de Cristo en cualquier lugar de la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la Redención salvadora (...). Cualquier clase de actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado, el cual la Iglesia lo ejerce por medio de todos sus miembros, aunque ciertamente de diversos modos. Por tanto, la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es vocación al apostolado. Hay en la Iglesia diversidad de funciones, pero una única misión. A los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el ministerio de enseñar, de santificar y de gobernar en su propio nombre y autoridad. Pero los laicos, al participar de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo su función específica dentro de la misión de todo el pueblo de Dios» (Conc. Vaticano II, Decreto *Apostolicam actuositatem*, n. 2).

Es verdad que Dios actúa directamente en el alma de cada persona por medio de su gracia, pero, al mismo tiempo, hay que afirmar que es voluntad de Cristo, expresada en éste y en otros textos, que los hombres sean instrumento o vehículo de salvación para los demás hombres.

estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, 18 agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados¹³.

ASCENSIÓN DE JESÚS AL CIELO

19 El Señor, Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios¹⁴.

PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES

20 Y ellos, partiendo de allí, predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban¹⁵.

En este sentido también el Concilio Vaticano II enseña: «Les ha sido impuesta, por tanto, a todos los fieles la gloriosa tarea de esforzarse para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra» (Conc. Vaticano II, *Ibid*, n. 3).

¹² Como consecuencia de la proclamación de la Buena Nueva se enseña en este versículo que la fe y el Bautismo son requisitos indispensables para alcanzar la salvación. La conversión a la fe de Jesucristo ha de llevar directamente al Bautismo, que nos «confiere la primera gracia santificante, por la que se perdona el pecado original y también los actuales, si los hay; remite toda la pena por ellos debida; imprime el carácter de cristianos; nos hace hijos de Dios, miembros de la Iglesia y herederos de la gloria, y nos habilita para recibir los demás sacramentos» (Catecismo Mayor, n. 553).

El Bautismo es absolutamente necesario para salvarse como se desprende de estas palabras del Señor. Pero la imposibilidad física del rito bautismal puede suplirse o bien con el martirio, que es llamado bautismo de sangre, o bien con un acto perfecto de amor de Dios o de contrición, unidos al deseo, al menos implícito, de ser bautizado; a esto se llama bautismo de deseo (cfr *Ibid*, n. 567-568).

Respecto del Bautismo de los niños, ya San Agustín enseñaba que «de ningún modo puede rechazarse ni considerarse como innecesaria la costumbre de la Santa Madre Iglesia de bautizar a los niños; antes al contrario, hay que admitirla forzosamente por ser tradición apostólica» (*De Gen. ad litt.* 10,23,39). Recientemente, el nuevo Ritual aprobado por la Sgda. Congregación de Sacramentos ha vuelto a recordar la necesidad de que los niños sean bautizados, al recoger el canon 770 del Código de Derecho Canónico que dice: «Bautícese cuanto antes a los párvulos; y los párrocos y predicadores amonesten con frecuencia a los fieles acerca de esta grave obligación que tienen.»

¹³ En los primeros tiempos de la expansión de la Iglesia, estos hechos milagrosos que anuncia Jesús se cumplieron de modo frecuente y visible. Los testimonios históricos de estos sucesos son abundantísimos en el Nuevo Testamento (cfr por ej. Hch 3,1-11; 28,3-6) y en otros escritos cristianos antiguos. Era muy conveniente que así sucediera para mostrar al mundo de una manera palpable la verdad del cristianismo. Más tarde, se han seguido realizando milagros de este tipo, pero en menor número, como casos más bien excepcionales. También es conveniente que así sea porque, de un lado, la verdad del Cristianismo está ya suficientemente atestiguada; y de otro, para dar lugar al mérito de la fe. «Los milagros — comenta San Jerónimo — fueron precisos al principio para confirmar con ellos la fe. Pero, una vez que la fe de la Iglesia está confirmada, los milagros no son necesarios» (*Comm. in Marcum*, in loc.). De todos modos, Dios sigue obrando milagros a través de los santos de todos los tiempos, también de los actuales.

¹⁴ La Ascensión del Señor a los Cielos y el estar sentado a la derecha del Padre constituyen el sexto artículo de la Fe que recitamos en el Credo. Jesucristo subió al Cielo en cuerpo y alma para tomar posesión del Reino alcanzado con su muerte, para prepararnos nuestro puesto en la gloria (cfr Apc 3,21), y para enviar al Espíritu Santo a su Iglesia (cfr *Catecismo Mayor*, n. 123).

La afirmación de que «está sentado a la derecha de Dios» significa que Jesucristo, también en su Humanidad, ha tomado eterna posesión de la gloria y que, siendo igual al Padre en cuanto Dios, ocupa junto a Él el puesto de honor sobre todas las criaturas en cuanto hombre (cfr *Catecismo Romano*, I, 7,2-3). Ya en el Antiguo Testamento se habla de que el Mesías estará sentado a la diestra del Todopoderoso, expresando así la suprema dignidad del Ungido de Yahwéh (cfr Salmo 109,1). El NT recoge aquí esta verdad, y también en otros muchos lugares (cfr Ef 1,20-22; Heb 1,13).

Según amplía el *Catecismo Romano*, Jesús subió a los Cielos por su propia virtud y no por poder extraño a Él. Tampoco ascendió a los Cielos sólo como Dios, sino también como hombre, pues su alma gloriosa ejercía un dominio absoluto sobre el cuerpo ya glorificado y éste obedecía fácilmente a aquélla, por encima de las limitaciones de tiempo y espacio.

¹⁵ El Evangelista, movido por el Espíritu Santo, da testimonio de que las palabras de Cristo ya se habían comenzado a cumplir en el tiempo en que escribía su Evangelio. Los Apóstoles, en efecto, supieron realizar con fidelidad la misión que

LUCAS 24, 1-53

ANUNCIO DE LA RESURRECCIÓN A LAS MUJERES

1 El día siguiente al sábado, todavía muy de mañana, llegaron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado; **2** y se encontraron con que la piedra había sido removida del sepulcro. **3** Pero al entrar, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. **4** Estaban desconcertadas por este motivo, cuando se les presentaron dos varones con vestidura refulgente¹⁶. **5** Como estaban llenas de temor y con los rostros inclinados hacia tierra, ellos les dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? **6** No está aquí, sino que ha resucitado; recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea **7** diciendo que convenía que el Hijo del Hombre fuera entregado en manos de hombres pecadores, y fuera crucificado y resucitase al tercer día.

8 Entonces ellas se acordaron de sus palabras¹⁷. **9** Y al regresar del sepulcro anunciaron todo esto a los once y a todos los demás. **10** Eran María Magdalena, Juana y María la de

el Señor les había confiado. Comenzaron a predicar por todo el mundo entonces conocido la Buena Nueva de la Salvación. A la palabra de los Apóstoles acompañaban los signos y prodigios que el Señor les había prometido, dando así autoridad a su testimonio y a su doctrina. Pero ya sabemos que el trabajo apostólico fue siempre duro, lleno de fatigas, peligros, incompreensión, persecuciones y hasta el mismo martirio, siguiendo en todo ello las huellas del Señor.

Gracias a Dios y también a los Apóstoles, ha llegado hasta nosotros la fuerza y la alegría de Cristo Señor Nuestro. Pero cada generación cristiana, cada hombre, tiene que recibir esa predicación del Evangelio y a su vez transmitirlo. La gracia del Señor no faltará nunca: «*non est abbreviata manus Dómini*» (Is 59,1), el poder del Señor no ha disminuido.

¹⁶ El cariño de las santas mujeres al preparar todas las cosas para embalsamar el Cuerpo de Jesús con toda veneración fue tal vez una intuición profunda de la fe, que la doctrina de la Iglesia expresaría más tarde con precisión al decir: «Creemos y confesamos firmemente que, separada el alma de Cristo de su cuerpo, la divinidad estuvo siempre unida tanto al cuerpo en el sepulcro, como al alma cuando descendió a los infiernos» (*Catecismo Romano*, I, 5,6).

¹⁷ La verdad de fe sobre la Resurrección de Jesucristo enseña que habiendo realmente muerto al separarse su alma de su Cuerpo, y habiendo sido sepultado, a los tres días, por su propio poder volvió a unirse nuevamente su Alma a su Cuerpo, de modo que no se separaran jamás (cfr. *Catecismo Romano*, I, 6,7).

Siendo un misterio estrictamente sobrenatural, tiene sin embargo unos aspectos exteriores que caen bajo la experiencia sensible: muerte, sepultura, sepulcro vacío, apariciones, etc. Y en este aspecto es un hecho demostrado y demostrable (cfr. San Pío X, *Lamentabili*, nn. 36-37).

La Resurrección de Jesucristo completa la obra de nuestra Redención: «Porque así como por la Muerte cargó con los males para librarnos del mal, de modo semejante, por la Resurrección fue glorificado para llevarnos al bien; según las palabras de la Epístola a los Romanos (4, 25); fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 53, a. 1, c.).

«*Cristo vive*. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe. Jesús, que murió en la cruz, ha resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia. *No temáis*, con esta invocación saludó un ángel a las mujeres que iban al sepulcro; *no temáis*. *Vosotras venís a buscar a Jesús Nazareno, que fue crucificado: ya resucitó, no está aquí* (Mc 16, 6). *Haec est dies quam fecit Dominus, exsultemus et laetemur in ea*; éste es el día que hizo el Señor, regocijémonos (Salmo 117, 24).

El tiempo pascual es tiempo de alegría, de una alegría que no se limita a esa época del año litúrgico, sino que se asienta en todo momento en el corazón del cristiano. Porque Cristo vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos.

No: Cristo vive. Jesús es el Emmanuel: Dios con nosotros. Su Resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos. ¿Puede la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti (Is 49, 14-15), había prometido. Y ha cumplido su promesa. Dios sigue teniendo sus delicias entre los hijos de los hombres (Prov 8, 31)» (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 102).

Por el Bautismo y los demás sacramentos, el cristiano queda incorporado al misterio redentor de Cristo que comprende su Muerte y su Resurrección: «Sepultados con él por medio del Bautismo, también fuisteis resucitados con él mediante la fe

Santiago; también las otras que estaban con ellas contaban estas cosas a los apóstoles. 11 Y les pareció como un desvarío lo que contaban, y no les creían. 12 Pedro, no obstante, se levantó y echó a correr hacia el sepulcro; y al inclinarse vio sólo los lienzos. Entonces se marchó a casa, admirándose de lo ocurrido¹⁸.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

(24, 13-35)¹⁹

13 Ese mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. 14 Iban conversando entre sí de todo lo que había acontecido. 15 Y mientras comentaban y discutían, el propio Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos, 16 aunque sus ojos eran incapaces de reconocerle. 17 Y les dijo:

—¿De qué veníais hablando entre vosotros por el camino?

Y se detuvieron entristecidos. 18 Uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

—¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

19 Él les dijo:

—¿Qué ha pasado?

Y le contestaron:

—Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y ante todo el pueblo: 20 cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. 21 Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a Israel. Pero con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas cosas. 22 Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros

en el poder de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2, 12). «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra. Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col 3, 1-3).

¹⁸ Los primeros a los que anuncia un ángel el Nacimiento de Cristo son los pastores de Belén. Las primeras en recibir el testimonio divino de la Resurrección de Jesús son estas piadosas mujeres. Es una muestra más de la predilección de Dios por las almas sencillas y sinceras, a las que concede un honor, que el mundo no sabe apreciar (cfr Mt 11,25). Pero no es sólo sencillez y bondad, no es sólo sinceridad; es que a los pobres –los pastores– y a las mujeres se les postergaba en aquellos tiempos: y Jesús ama aquello que es humillado por la soberbia de los hombres; por eso distingue a los pastores, por eso a las mujeres. Y precisamente porque aquellas mujeres eran sencillas y buenas, acuden inmediatamente a Pedro ya los Apóstoles a comunicarles todo lo que habían visto y oído. Pedro, a quien había prometido Jesús que sería su Vicario en la tierra (cfr Mt 16,18), se siente movido a tomar la responsabilidad de comprobar los hechos.

¹⁹ A lo largo de la conversación con Jesús los discípulos pasan de la tristeza a la alegría, recobran la esperanza y con ello el afán de comunicar el gozo que hay en sus corazones, haciéndose de este modo anunciadores y testigos de Cristo resucitado.

Esta es una de las escenas exclusivas de San Lucas, descrita con gran maestría literaria. Nos presenta el celo apostólico del Señor. «Jesús camina junto a aquellos dos hombres, que han perdido casi toda esperanza, de modo que la vida comienza a parecerles sin sentido. Comprende su dolor, penetra en su corazón, les comunica algo de la vida que habita en El.

»Cuando, al llegar a aquella aldea, Jesús hace ademán de seguir adelante, los dos discípulos le detienen, y casi le fuerzan a quedarse con ellos. Le reconocen luego al partir el pan: El Señor, exclaman, ha estado con nosotros. Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? (Lc 24,32). Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el *bonus odor Christi* (cfr 2 Cor 11,15), el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro» (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 105).

nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada 23 y, como no encontraron su cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les dijeron que está vivo. 24 Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como dijeron las mujeres, pero a él no le vieron.

25 Entonces Jesús les dijo:

—¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas! 26 ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?

27 Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él²⁰.

(24, 28-35)²¹

²⁰ La conversación con Jesús de los dos discípulos camino de Emaús resume perfectamente la desilusión de los que habían seguido al Señor, ante el aparente fracaso que representaba para ellos su muerte. En las palabras de Cleofás está recogida la vida y misión de Cristo (v. 19), su Pasión y Muerte (v. 20), la desesperanza de estos discípulos al cabo de tres días (v. 21), y los hechos acaecidos la mañana del domingo (v. 22).

Ya antes Jesús había dicho a los judíos: «Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros pensáis tener la vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,39). Nos da así un camino seguro para conocerle. El Papa Pablo VI señala que también hoy día el uso frecuente y la devoción a la Sagrada Escritura es una moción clara del Espíritu Santo: «El progreso de los estudios bíblicos, la creciente difusión de la Sagrada Escritura y, sobre todo, el ejemplo de la Tradición y la moción íntima del Espíritu orientan a los cristianos de nuestro tiempo a servirse cada vez más de la Biblia como del libro fundamental de oración, y a buscar en ella inspiración genuina y modelos insuperables» (Pablo VI, *Marialis cultus*, n. 30).

Jesús, en respuesta al desaliento de los discípulos, va pacientemente descubriéndoles el sentido de toda la Sagrada Escritura acerca del Mesías: «¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» Con estas palabras el Señor deshace la idea que todavía pudieran tener de un Mesías terreno y político, haciéndoles ver que la misión de Cristo es sobrenatural: la Salvación del género humano.

En la Sagrada Escritura estaba anunciado que el plan salvador de Dios se realizaría por medio de la Pasión y Muerte redentora del Mesías. La Cruz no es un fracaso, sino el camino querido por Dios para el triunfo definitivo de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte (cfr 1 Cor 1,23-24). Muchos contemporáneos del Señor no entendieron su misión sobrenatural por no haber interpretado correctamente los textos del AT. Nadie como Jesús puede conocer el verdadero sentido de las Escrituras Santas. Y, después de Él, sólo la Iglesia tiene la misión y el oficio de interpretarlas auténticamente: «Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura está so-metido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la palabra de Dios» (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 12).

²¹ La presencia y la palabra del Maestro recupera a estos discípulos desalentados, y enciende en ellos una esperanza nueva y definitiva: «Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.

»Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero Me conmueves cuando te allanas a seguirmos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria.

»Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda con ademán de continuar adelante (Lc 24,28). No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo por fuerza y rogarle: continúa con nosotros, porque es tarde, y vaya el día de caída (Lc 24,29), se hace de noche.

»Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume. Porque entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios (San Gregorio Nacianceno, *Epistulae*, 212).

28 Llegaron cerca de la aldea adonde iban, y él hizo ademán de continuar adelante. 29 Pero le retuvieron diciéndole:

—**Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya anocheciendo.**

Y entró para quedarse con ellos. 30 Y cuando estaban juntos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. 31 Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia²². 32 Y se dijeron uno a otro:

—**¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?²³**

33 Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, 34 que decían:

—**El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.**

35 Y ellos se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción de pan²⁴.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS EN EL CENÁCULO (24,36-53)

(24, 36-43)²⁵

»Y Jesús se queda. Se abren nuestros ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque Él vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de Él, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

»Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra» (San Josemaría Escrivá, Hom. *Hacia la santidad*).

²² Muchos Santos Padres han visto en esta acción del Señor una consagración del pan como en la Última Cena, El modo peculiar con que bendice y parte el pan les hace ver que es Él.

En la vida de la Iglesia la liturgia siempre ha tenido una gran importancia como culto a Dios, como expresión de la fe y como catequesis eficaz de las verdades reveladas. Por eso, los gestos externos —las ceremonias litúrgicas— han de ser observadas con la mayor fidelidad (cfr Concilio Vaticano II, *Sacrosantum Concilium*, n. 22). «Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares.— Cúmpelas fielmente. — ¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?» (San Josemaría Escrivá, *Camino* n. 522).

²³ «Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida» (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 522).

²⁴ Los discípulos de Emaús sienten ahora la urgencia de volver a Jerusalén, donde los Apóstoles y algunos otros discípulos se encuentran reunidos con Pedro, a quien Jesús se ha aparecido.

En la Historia Sagrada, Jerusalén fue el lugar donde Dios quiso ser alabado de modo particular y en ella los profetas ejercieron su principal ministerio. Por voluntad divina Jesucristo padeció, murió y resucitó en Jerusalén y desde allí comenzará a extenderse el Reino de Dios (cfr Lc 24,47; Hch 1,8). En el Nuevo Testamento a la Iglesia de Cristo se la denomina «la Jerusalén de arriba» (Gal 4,26), «la Jerusalén celestial» (Heb 12,22), «la nueva Jerusalén» (Apc 21,2).

En la Ciudad Santa también comienza la Iglesia. Más tarde San Pedro, no sin una especial providencia divina, se traslada a Roma que, de este modo, se convierte en el centro de la Iglesia. Como aquellos discípulos son confirmados en la fe por San Pedro, los cristianos de todos los siglos acuden a la Sede de Pedro para confirmar su fe, y mantener así la unidad de la Iglesia: «Sin el Papa la Iglesia Católica ya no sería tal, sino que, faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro, la unidad se desmoronaría, y en vano se intentaría reconstruirla luego con criterios sustitutivos de aquel auténtico establecido por el mismo Cristo (...). Queremos además considerar que ese gozne central de la Santa Iglesia no pretende constituir una supremacía de orgullo espiritual o de dominio humano, sino un primado de servicio, de ministerio y de amor. No es vana retórica la que atribuye al Vicario de Cristo el título de *servus servorum Dei*» (Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, n. 83).

²⁵ Esta aparición de Jesús resucitado la refieren San Lucas y San Juan (cfr Jn 20,19-23). San Juan recoge la institución del sacramento de la Penitencia, al tiempo que San Lucas subraya la dificultad de los discípulos para aceptar el milagro de la

36 Mientras ellos estaban hablando de estas cosas, Jesús se puso en medio y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

37 Se llenaron de espanto y de miedo, pensando que veían un espíritu. 38 Y les dijo:

—¿Por qué os asustáis, y por qué admitís esos pensamientos en vuestros corazones? **39 Mirad mis manos y mis pies: soy yo mismo. Palpadme y comprended que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.**

40 Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. 41 Como no acababan de creer por la alegría y estaban llenos de admiración, les dijo:

—¿Tenéis aquí algo que comer?

42 Entonces ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. 43 Y lo tomó y se lo comió delante de ellos²⁶.

DESPEDIDA Y ÚLTIMAS ENSEÑANZAS

(24, 44-49)²⁷

44 Y les dijo:

—Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.

45 Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. 46 Y les dijo:

—Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día²⁸, **47y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a**

Resurrección, a pesar del testimonio de los ángeles a las mujeres (cfr Mt 28,5-7; Mc 16,5-7; Lc 24,4-9) y de quienes ya habían visto al Señor resucitado (cfr Mt 28,9-10; Mc 16,9-13; Lc 24,13 ss.; Jn 20,11-18).

Jesús se les aparece de improviso, estando las puertas cerradas (cfr Jn 20,19), lo que explica su sorpresa y su reacción. San Ambrosio comenta que «penetró en el recinto cerrado no porque su naturaleza fuese incorpórea, sino porque tenía la cualidad de un cuerpo resucitado» (*Expositio Evangelii sec. Lucam, in loc.*). Entre esas cualidades del cuerpo glorioso, la sutileza hace que «el cuerpo esté totalmente sometido al imperio del alma» (*Catecismo Romano*, I, 12,13), de modo que puede atravesar los obstáculos materiales sin ninguna resistencia.

La escena reviste un encanto especial al describir el Evangelista los detalles de condescendencia divina para confirmarlos en la verdad de su Resurrección.

²⁶ Aunque el cuerpo resucitado es impasible y, en consecuencia, no necesita ya de alimentos para nutrirse, el Señor confirma a los discípulos en la verdad de su Resurrección con estas dos pruebas: invitándoles a que le toquen y comiendo en su presencia. «Yo, por mi parte –confiesa San Ignacio de Antioquía–, sé muy bien, y en ello pongo mi fe, que después de su Resurrección, permaneció el Señor en su carne. Y así, cuando se presentó a Pedro y a sus compañeros, les dijo: Tocadme, palpadme y comprended que no soy un espíritu incorpóreo. Y al punto le tocaron y creyeron, quedando persuadidos de su carne y de su espíritu (...). Es más, después de su Resurrección comió y bebió con ellos, como hombre de carne que era, si bien espiritualmente estaba hecho una cosa con su Padre» (*Carta a los de Esmirna*, 111,1-3).

²⁷ San Mateo insiste en el cumplimiento de las profecías, porque los primeros destinatarios de su Evangelio eran judíos, para quienes esto constituía una prueba manifiesta de que Cristo era el Mesías prometido y esperado. San Lucas no utiliza habitualmente este argumento, porque escribe para los gentiles; sin embargo, en este epílogo recoge sumariamente la advertencia de Cristo que declara haberse cumplido todo lo que estaba pre- dicho acerca de Él. Se subraya así la unidad de los dos Testamentos y que Jesús es verdaderamente el Mesías.

Por otra parte, San Lucas refiere la promesa del Espíritu Santo (cfr Jn 14,16-17.26; 15,26; 16,7ss.), de la que dará cumplida cuenta al narrar la Pentecostés, día en que recibieron el don prometido (cfr Hch 2,1-4).

todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. 48 Vosotros sois testigos de estas cosas. 49 Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto²⁹.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

50 Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. 51 Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. 52 Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. 53 Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios³⁰.

SAN JUAN 20,1 – 21,25

EL SEPULCRO VACÍO (20,1-10)

1 El día siguiente al sábado, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro. 2 Entonces echó a correr, llegó hasta donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que Jesús amaba, y les dijo:

—Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto³¹.

²⁸ San Lucas ha destacado la falta de inteligencia de los Apóstoles cuando Jesús anuncia su Muerte y Resurrección (cfr 9,45; 18,34). Ahora, cumplida la profecía, recuerda la necesidad de que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos (cfr 24,25-27).

La Cruz es un misterio no solamente en la vida de Cristo sino también en la nuestra: «Jesús sufre por cumplir la Voluntad del Padre... Y tú, que quieres también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podrás quejarte si encuentras por compañero de camino al sufrimiento?» (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 213).

²⁹ «Yo os envío el Prometido por mi Padre», es decir, el Espíritu Santo, que días después, en Pentecostés, descendería sobre ellos en el Cenáculo (cfr Hch 2,1-4), como don supremo del Padre (cfr Lc 11,13).

³⁰ San Lucas, que narrará con más detalle al comienzo del libro de los Hechos la Ascensión del Señor a los Cielos, resume aquí este misterio con el que termina la presencia visible de Jesús en la tierra. No era conveniente, explica Santo Tomás, que Cristo permaneciese en la tierra después de la Resurrección, sino que convenía que subiese al Cielo. Aunque su cuerpo resucitado ya tenía la gloria esencial, la Ascensión al cielo le confiere un aumento de la gloria de que gozaba, por la dignidad del lugar al que ascendía (cfr *Suma Teológica*, III, q. 57, a. 1).

«La Ascensión del Señor nos sugiere también otra realidad; el Cristo que nos anima a esta tarea en el mundo, nos espera en el Cielo. En otras palabras: la vida en la tierra, que amamos, no es lo definitivo; *pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura* (Heb 13, 14), ciudad inmutable (...).

»Cristo nos espera. *Vivamos ya como ciudadanos del cielo* (Flp 3, 20), siendo plenamente ciudadanos de la tierra, en medio de dificultades, de injusticias, de incomprendimientos, pero también en medio de la alegría y de la serenidad que da el saberse hijo amado de Dios» (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 126).

Acaba aquí la narración evangélica de San Lucas. No hay palabras humanas capaces de expresar los sentimientos de agradecimiento, de amor y de correspondencia que nos produce la contemplación de la vida de Cristo entre los hombres. Podemos saborear el resumen que nos ofrece el Magisterio de la Iglesia, mientras elevamos a Dios nuestro deseo de ser cada día más fieles discípulos e hijos suyos: «Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos (...). El mismo habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Anunció y fundó el reino de Dios, manifestándonos en sí mismo al Padre. Nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas, a saber: ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia. Padeció bajo Poncio Pilato; Cordero de Dios, que lleva los pecados del mundo, murió por nosotros clavado a la cruz, trayéndonos la salvación con la sangre de la redención. Fue sepultado, y resucitó por su propio poder al tercer día, elevándonos por su resurrección a la participación de la vida divina, que es la gracia. Subió al cielo, de donde ha de venir de nuevo, entonces con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según los propios méritos: los que hayan respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, pero los que los hayan rechazado hasta el final serán destinados al fuego que nunca cesará. Y su reino no tendrá fin» (Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, nn. 11 y 12).

3 Salió Pedro con el otro discípulo y fueron al sepulcro.

4 Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó antes al sepulcro³². 5 Se inclinó y vio allí los lienzos plegados, pero no entró. 6 Llegó tras él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos plegados, 7 y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio³³. 8 Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó. 9 No entendían aún la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos. 10 Y los discípulos se marcharon de nuevo a casa³⁴.

³¹ Los cuatro Evangelios narran los primeros testimonios de las santas mujeres y de los discípulos acerca de la Resurrección gloriosa de Cristo. Tales testimonios se refieren, en un primer momento, a la realidad del sepulcro vacío (cfr Mt 28,115; Mc 16,1 ss.; Lc 24,1-12). Después relatarán diversas apariciones de Jesús Resucitado.

María Magdalena es una de las que asistían al Señor en sus viajes (Lc 8,1-3); junto con la Virgen María le siguió valientemente hasta la Cruz (Jn 19,25), y vio dónde habían depositado su Cuerpo (Lc 23,55). Ahora, una vez pasado el reposo obligado del sábado, va a visitar la tumba. Notemos el detalle evangélico: «Al amanecer, cuando todavía estaba oscuro»; el amor y la veneración le hacen ir sin demora junto al Cuerpo del Señor.

³² El cuarto Evangelio destaca que, aunque fueron las mujeres, y en concreto María Magdalena, las primeras en llegar al sepulcro, son los Apóstoles los primeros en entrar y percibir los detalles externos que muestran que Cristo ha resucitado (el sepulcro vacío, los lienzos «caídos», el sudario aparte). Dar testimonio de este hecho será punto esencial de la misión que les encomendará Cristo: «Seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8; cfr Hch 2,32).

³³ Juan, que llegó antes —quizá porque era más joven—, no entró por deferencia hacia Pedro. Esto insinúa que ya entonces Pedro era considerado como cabeza de los Apóstoles. Las palabras que emplea el evangelista para describir lo que Pedro y él vieron en el sepulcro vacío expresan con vivo realismo la impresión que les causó lo que allí encontraron, y cómo quedaron grabados en su memoria algunos detalles a primera vista irrelevantes. Hasta tal punto fueron significativas las características que presentaba el sepulcro vacío, que les hicieron intuir de algún modo la Resurrección del Señor. Algunos términos que aparecen en el relato necesitan ser explicados; la escueta traducción difícilmente puede expresar todo el contenido.

«Los lienzos caídos»: El participio griego que hemos traducido por «caídos» parece indicar que los lienzos habían quedado apianados, como vacíos al resucitar y desaparecer de allí el cuerpo de Jesús, como si Este hubiera salido de los lienzos y vendas sin ser desenrollados, pasando a través de ellos (lo mismo que entró más tarde en el Cenáculo «estando cerradas las puertas». Por ello, los lienzos estaban «caídos», «planos», «yacentes» según la traducción literal del griego, al salir de ellos el Cuerpo de Jesús que los había mantenido antes en forma abultada. Así se comprende la admiración y el recuerdo imborrable del testigo.

«El sudario... aparte, todavía enrollado, en un sitio»: La primera observación es que el sudario, que había envuelto la cabeza, no estaba encima de los lienzos, sino al lado. La segunda, más sorprendente, es que, como los lienzos, conservaba todavía su forma de envoltura, pero, a diferencia de aquellos, mantenía cierta consistencia de volumen, a manera de casquete, probablemente debido a la tersura producida por los ungüentos. Todo ello es lo que parece indicar el correspondiente participio griego, que hemos traducido por «enrollado».

De estos detalles en la descripción del sepulcro vacío se desprende que el cuerpo de Jesús tuvo que resucitar de manera gloriosa, es decir, trascendiendo las leyes físicas. No se trataba sólo de la reanimación del cuerpo, como por ejemplo, en el caso de Lázaro, que necesitó ser desligado de las vendas y demás lienzos de la mortaja para poder andar (cfr Jn 11,44).

³⁴ Como les había dicho María Magdalena, el Señor no estaba en el sepulcro; pero los dos Apóstoles se dieron cuenta de que no podía tratarse de un robo, como ella suponía, pues vieron que los lienzos y el sudario se encontraban puestos de un modo especial (cfr nota a Jn 20,5-7); al verlos así empezaron a entender lo que tantas veces les había explicado el Maestro acerca de su Muerte y Resurrección (cfr Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22; etc.; cfr además notas a Mt 12,39-40 Y Lc 18,31-40).

El sepulcro vacío y los demás datos que lo acompañan son señales perceptibles por los sentidos; la Resurrección, en cambio, aunque pueda tener efectos comprobables por la experiencia, requiere la fe para ser aceptada. La Resurrección de Cristo es un hecho real e histórico: nueva unión del cuerpo y del alma de Jesús. Pero, siendo una Resurrección gloriosa —no como la de Lázaro—, que está muy por encima de lo que podemos apreciar en esta vida, y supera, por tanto, los límites de la experiencia sensible, se requiere una ayuda especial de Dios —el don de la fe— para conocer y aceptar con certeza este hecho que, al mismo tiempo que es histórico, es sobrenatural. Por tanto, puede decirse con Santo Tomás de Aquino que «cada uno de los argumentos de por sí no bastaría para demostrar la Resurrección, pero, tomados en conjunto, la manifiestan suficientemente; sobre todo por el testimonio de la Sagrada Escritura (cfr especialmente Lc

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA (20,11-18)³⁵

11 María estaba fuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, **12** y vio a dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido colocado el cuerpo de Jesús. **13**Ellos dijeron:

—Mujer, ¿por qué lloras?

—Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto —les respondió.

14 Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. **15** Le dijo Jesús:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, pensando que era el hortelano, le dijo:

—Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré³⁶.

16 Jesús le dijo:

—¡María!

Ella, volviéndose, exclamó en hebreo: ¡Rabbuni! —que quiere decir: «Maestro».

17 Jesús le dijo:

—Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete donde están mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios»³⁷.

18 Fue María Magdalena y anunció a los discípulos:

—¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas.

24,25-27), el anuncio de los Ángeles (cfr Lc 24,4-7) y la palabra de Cristo confirmada con milagros» (cfr Jn 3,13; Mt 16,21; 17,22; 20,18) (*Suma Teológica*, III, q. 55, a. 6 ad 1).

Además de las predicciones de Cristo acerca de su Pasión, Muerte y Resurrección (cfr Jn 2,19; Mt 16,21; Mc 9,31; Lc 9,22), ya en el Antiguo Testamento estaba anunciado el triunfo glorioso del Mesías y, en cierto modo, su Resurrección (cfr Salmo 15,9; Is 52,13; Os 6,2). Los Apóstoles empiezan a entender el verdadero sentido de la Sagrada Escritura después de la Resurrección del Señor, y más especialmente cuando reciben el Espíritu Santo, que ilumina plenamente sus inteligencias para comprender el contenido de la Palabra de Dios. Es de suponer la sorpresa y alborozo de todos los discípulos al oír contar a Pedro y Juan lo que habían visto en el sepulcro.

³⁵ Son conmovedores el cariño y la delicadeza de esta mujer preocupada por la suerte del Cuerpo muerto de Jesús. Leal en la Pasión, el amor de la que estuvo poseída por siete demonios (cfr Lc 8,2) sigue siendo grande y encendido. El Señor la había librado del Maligno, y aquella gracia fructificó en correspondencia humilde y generosa.

Después de consolar a la Magdalena, Jesús le da un mensaje para los Apóstoles, a quienes llama con el apelativo entrañable de «hermanos». Tal mensaje supone un Padre común, aunque sea de modo esencialmente diferente: «Subo a mi Padre —por naturaleza— y a vuestro Padre» —que lo es por la adopción que os he ganado con mi muerte—. Grande es la misericordia y la comprensión de Jesús que, como Buen Pastor, se cuida de recoger a los discípulos que le habían abandonado en la Pasión y que estaban escondidos por miedo a los judíos (Jn 20,19).

El ejemplo de María Magdalena, que persevera en la fidelidad al Señor en momentos difíciles, nos enseña que quien busca con sinceridad y constancia a Jesucristo acaba encontrándolo. El gesto familiar de Jesús que llama «hermanos» a sus discípulos, a pesar de haberle abandonado, nos debe llenar de esperanza en medio de nuestras infidelidades.

³⁶ El diálogo de Jesús con la Magdalena refleja el estado de ánimo de todos los discípulos, que no esperaban la Resurrección del Señor.

³⁷ «Suéltame»: En el texto original esta frase está construida en imperativo presente, que indica continuidad de la acción que se realiza. La frase negativa del texto griego, reflejada en la Neovulgata («noli me tenere»), indica que el Señor manda a la Magdalena que deje de retenerle, que le suelte, pues todavía tendrá ocasión de verle antes de la Ascensión a los cielos.

JESÚS SE APARECE A LOS DISCÍPULOS (20,19-31)

19 Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, con las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos cerradas por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

20 Y dicho esto les mostró las manos y el costado.

Al ver al Señor, los discípulos se alegraron³⁸. 21 Les repitió:

—La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo³⁹.

22 Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo:

—**Recibid el Espíritu Santo; 23 a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos⁴⁰.**

³⁸ Jesús se aparece a los Apóstoles la misma tarde del domingo en que resucitó. Se presenta en medio de ellos sin necesidad de abrir las puertas, ya que goza de las cualidades del cuerpo glorioso; pero para deshacer la posible impresión de que es sólo un espíritu, les muestra las manos y el costado: no queda ninguna duda de que es Jesús mismo y de que verdaderamente ha resucitado. Además les saluda por dos veces con la fórmula usual entre los judíos, con el acento entrañable que en otras ocasiones pondría en ese saludo. Con esas amigables palabras quedaban disipados el temor y la vergüenza que tendrían los Apóstoles por haberse comportado deslealmente durante la Pasión. De esta forma se ha vuelto a crear el ambiente de intimidad, en el que Jesús va a comunicarles poderes trascendentales.

³⁹ El Papa León XIII explicaba cómo Cristo transfirió su propia misión a los Apóstoles: «¿Qué quiso y qué buscó al fundar y conservar la Iglesia? Esto: transmitir la misma misión y el mismo mandato que había recibido del Padre para que Ella los continúe. Esto es claramente lo que se había propuesto hacer y esto es lo que hizo: ‘Como el Padre me envió así os envío yo’ (Jn 20,21). ‘Como Tú me enviaste al mundo, así los he enviado yo al mundo’ (Jn 17,18) (...). Momentos antes de retornar al Cielo envía a los Apóstoles con la misma potestad con la que el Padre le había enviado; les ordenó que extendieran y sembraran por todo el mundo su doctrina (cfr Mt 28,18). Todos los que obedezcan a los Apóstoles se salvarán; los que no les obedezcan perecerán (cfr Mc 16,16) (...). Por eso ordena aceptar religiosamente y guardar santamente la doctrina de los Apóstoles como suya: ‘Quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia’ (Lc 10,16). En conclusión, los Apóstoles son enviados por Jesucristo de la misma forma que Él fue enviado por el Padre (*Satis Cognitum*). En esta misión los Obispos son sucesores de los Apóstoles: «Cristo, por medio de los mismos Apóstoles, hizo partícipes de su propia consagración y misión a los sucesores de aquéllos, que son los Obispos, cuyo ministerio, en grado subordinado, fue encomendado a los presbíteros, a fin de que constituidos en el orden del presbiterado fuesen cooperadores del Orden episcopal para cumplir la misión apostólica confiada por Cristo» (Concilio Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, n. 2).

⁴⁰ La Iglesia ha entendido siempre —y así lo ha definido— que Jesucristo con estas palabras confirió a los Apóstoles la potestad de perdonar los pecados, poder que se ejerce en el sacramento de la Penitencia. «El Señor, principalmente entonces, instituyó el sacramento de la Penitencia, cuando, resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos diciendo: ‘Recibid el Espíritu Santo...’. Por este hecho tan insigne y por tan claras palabras, el común sentir de todos los Padres entendió siempre que fue comunicada a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados para reconciliar a los fieles caídos en pecado después del Bautismo» (Concilio de Trento, *De Paenitentia*, sess. XIV, cap. 1).

El sacramento de la Penitencia es la expresión más sublime del amor y de la misericordia de Dios con los hombres, como en seña Jesús en la parábola del hijo pródigo (cfr Lc 15,11-32). El Señor espera siempre con los brazos abiertos que volvamos arrepentidos, para perdonarnos y devolvemos nuestra dignidad de hijos suyos.

Los Papas han recomendado con insistencia que los cristianos sepamos apreciar y aprovechemos con fruto este Sacramento: «Para progresar cada día con mayor fervor en el camino de la virtud, queremos recomendar con mucho encarecimiento el piadoso uso de la confesión frecuente, introducido por la Iglesia no sin una inspiración del Espíritu Santo: con él se aumenta el justo conocimiento propio, crece la humildad cristiana, se hace frente a la tibieza e indolencia espiritual, se purifica la conciencia, se robustece la voluntad, se lleva a cabo la saludable dirección de las conciencias y aumenta la gracia en virtud del Sacramento mismo» (Pío XII, *Mystici Corporis*).

24 Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. 25 Los otros discípulos le dijeron:

—**¡Hemos visto al Señor!**

Pero él les respondió:

—**Si no le veo en las manos la marca de los clavos, y no meto mi dedo en esa marca de los clavos y meto mi mano en el costado, no creeré.**

26 A los ocho días, estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Aunque estaban las puertas cerradas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo:

—**La paz esté con vosotros.**

27 Después le dijo a Tomás:

—**Trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.**

28 Respondió Tomás y le dijo:

—**¡Señor mío y Dios mío!⁴¹**

29 Jesús contestó:

—**Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto hayan creído⁴².**

⁴¹ La duda del apóstol Tomás mueve al Señor a darle una prueba especial de la realidad de su cuerpo resucitado. Así confirma al mismo tiempo la fe de los que más tarde habían de creer en El. «¿Es que pensáis —comenta San Gregorio Magno— que aconteció por pura casualidad que estuviera ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar la aparición, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que tocando el discípulo dubitativo las heridas de la carne en su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección» (*In Evangelia homiliae*, 26,7).

La respuesta de Tomás no es una simple exclamación, es una afirmación: un maravilloso acto de fe en la Divinidad de Jesucristo: «¡Señor mío y Dios mío!». Estas palabras constituyen una jaculatoria que han repetido con frecuencia los cristianos, especialmente como acto de fe en la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

⁴² El mismo San Gregorio Magno explica estas palabras del Señor: «Al decir San Pablo que ‘la fe es el fundamento de las cosas que se esperan y un convencimiento de las que no se ven’ (Heb 11,1), resulta evidente que la fe versa sobre las cosas que no se ven, pues las que se ven ya no son objeto de la fe, sino de la experiencia. Ahora bien, ¿por qué a Tomás cuando vio y tocó se le dice: Porque has visto, has creído? Porque una cosa es lo que vio y otra lo que creyó. Es cierto que el hombre mortal no puede ver la divinidad; por tanto, él vio al Hombre y le reconoció como Dios, diciendo: ‘Señor mío y Dios mío’. En conclusión, viendo creyó, porque contemplando atentamente a este hombre verdadero exclamó que era Dios, a quien no podía ver» (*In Evangelia homiliae*, 27,8).

Tomás, como todos los hombres, necesitó de la gracia de Dios para creer, pero además recibió una prueba singular; hubiera sido más meritoria su fe si hubiera aceptado el testimonio de los Apóstoles. Las verdades reveladas se transmiten normalmente por la palabra, por el testimonio de otros hombres que, enviados por Cristo y asistidos por el Espíritu Santo, predicán el depósito de la fe (cfr Mc 16,15-16). «Por consiguiente la fe viene por la predicación y la predicación por la palabra de Cristo» (Rom 10,17). La predicación, pues, del Evangelio tiene las suficientes garantías de credibilidad, y el hombre al aceptado «ofrece a Dios el homenaje total de su entendimiento y voluntad asintiendo libremente a lo que Dios revela» (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*. n. 5).

«Nos alegra mucho lo que sigue: ‘Bienaventurados los que sin haber visto han creído’. Sentencia en la que, sin duda, estamos señalados nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Se alude a nosotros, con tal que vivamos con firme a la fe; porque sólo cree de verdad el que practica lo que cree» (*In Evangelia homiliae*, 26,9).

30 Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. 31 Sin embargo, éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre⁴³.

LA PESCA MILAGROSA (21,1-14)

1 Después volvió a aparecerse Jesús a sus discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se apareció así: 2 estaban juntos Simón Pedro y Tomás –el llamado Dídimo–, Natanael –que era de Caná de Galilea–, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. 3 Les dijo Simón Pedro:

—Voy a pescar.

Le contestaron:

—Nosotros también vamos contigo.

Salieron y subieron a la barca. Pero aquella noche no pescaron nada⁴⁴.

4 Cuando ya amaneció, se presentó Jesús en la orilla, pero sus discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. 5 Les dijo Jesús:

—Muchachos, ¿tenéis algo de comer?

—No –le contestaron.

6 Él les dijo:

—Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.

La echaron, y casi no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de peces. 7 Aquel discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro:

—¡Es el Señor!

Al oír Simón Pedro que era el Señor se ató la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. 8 Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no estaban lejos de tierra, sino a unos doscientos codos, arrastrando la red con los peces⁴⁵.

⁴³ Tenemos aquí como un primer epílogo o conclusión del Evangelio de San Juan. Según la opinión más común, el evangelista añadiría más tarde el capítulo 21, donde narra acontecimientos tan importantes como la triple confesión de San Pedro, su confirmación en el Primado y también la profecía del Señor acerca de la muerte del discípulo amado. Aquí en estos versos 30-31 se pone de manifiesto la finalidad que perseguía el autor inspirado al escribir su Evangelio: que los hombres creen que Jesús es el Mesías, el Cristo anunciado en el Antiguo Testamento por los profetas, el Hijo de Dios, y que, al creer esta verdad salvadora, centro de la Revelación, puedan participar ya aquí de la vida eterna (cfr Jn 1,12; 2,23; 3,18; 14,13; 15,16; 16,23-26).

⁴⁴ Hay varios datos significativos en esta escena: los discípulos se encuentran «junto al mar de Tiberíades», en Galilea, cumpliendo así el mandato de Jesús resucitado (cfr Mt 28,7); están juntos porque los lazos de fraternidad que los unen son muy fuertes; Pedro toma la iniciativa manifestando de alguna manera su autoridad; por último, se les ve dedicados de nuevo a su oficio de pescadores, probablemente en espera de nuevas instrucciones del Señor.

Al leer este episodio nos viene a la memoria la primera pesca milagrosa (cfr Lc 5,1-11), donde el Señor prometió a Pedro hacerle pescador de hombres; aquí le va a confirmar en su misión de Cabeza visible de la Iglesia.

⁴⁵ Jesús resucitado va en busca de sus discípulos para animarlos y seguir explicándoles la gran misión que les ha encomendado. El relato describe una escena entrañable del Señor con los suyos: «Pasa al lado de sus Apóstoles, junto a esas almas que se han entregado a El: y ellos no se dan cuenta. ¡Cuántas veces está Cristo, no cerca de nosotros, sino en nosotros; y vivimos una vida tan humana! (...). Vuelve a la cabeza de aquellos discípulos lo que, en tantas ocasiones, han escuchado de los labios del Maestro: pescadores de hombres, apóstoles. Y comprenden que todo es posible, porque Él es quien dirige la pesca. Entonces, el discípulo aquel que Jesús amaba se dirige a Pedro: es el Señor. El amor, el amor lo ve de lejos. El amor es el primero que capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, con el firme cariño que siente

9 Cuando descendieron a tierra vieron unas brasas preparadas, un pez encima y pan. 10 Jesús les dijo:

—Traed algunos de los peces que habéis pescado ahora.

11 Subió Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos no se rompió la red. 12 Jesús les dijo:

—Venid a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú quién eres?», pues sabían que era el Señor.

13 Vino Jesús, tomó el pan y lo distribuyó entre ellos, y lo mismo el pez. 14 Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos, después de resucitar de entre los muertos⁴⁶.

EL PRIMADO DE SAN PEDRO (21,15-23)

15 Cuando acabaron de comer, le dijo Jesús a Simón Pedro:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Le respondió:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Le dijo:

—Apacienta mis corderos.

16 Volvió a preguntarle por segunda vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Le respondió:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Le dijo:

—Pastorea mis ovejas.

17 Le preguntó por tercera vez:

—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

Pedro se entristeció porque le preguntó por tercera vez: «¿Me quieres?», y le respondió:

—Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero.

hacia Jesús, porque quería a Cristo con toda la pureza y toda la ternura de un corazón que no ha estado corrompido nunca, exclamó: ¡es el Señor! *Simón Pedro apenas oyó es el Señor, vistióse la túnica y se echó al mar.* Pedro es la fe. Y se lanza al mar, lleno de una audacia de maravilla. Con el amor de Juan y la fe de Pedro, ¿hasta dónde llegaremos nosotros?» (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 265-266).

⁴⁶ Queda reflejada la honda impresión que debió de causar a los Apóstoles esta aparición de Jesús Resucitado y el recuerdo entrañable que guardaba de ella San Juan. Jesús manifiesta después de la Resurrección la misma delicadeza que había tenido durante su vida pública. Usa los medios materiales —las brasas, el pez, etc.—, que resaltan el realismo de su presencia y continúan dando el tono familiar acostumbrado en la convivencia con los discípulos.

Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han comentado con frecuencia este episodio en sentido místico: la barca es la Iglesia cuya unidad está simbolizada por la red que no se rompe, el mar es el mundo, Pedro en la barca simboliza la suprema autoridad en la Iglesia, el número de peces significa el número de los elegidos (cfr Santo Tomás de Aquino, *Comentario sobre San Juan, in loc.*).

Le dijo Jesús:

—Apacienta mis ovejas⁴⁷. **18 En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te ceñías tú mismo y te ibas adonde querías; pero cuando envejecas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras** **19** —esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios.

Y dicho esto, añadió:

—Sígueme⁴⁸.

20 Se volvió Pedro y vio que le seguía aquel discípulo que Jesús amaba, el que en la cena se había recostado en su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?» **21 Y Pedro, al verle, le dijo a Jesús:**

—Señor, ¿y éste qué?

22 Jesús le respondió:

—Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme.

23 Por eso surgió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: «Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?»⁴⁹

⁴⁷ Jesucristo había prometido a Pedro el Primado de la Iglesia. A pesar de las tres negaciones del Apóstol durante la Pasión, le confiere ahora el Primado prometido. «Jesucristo interroga a Pedro, por tres veces, como si quisiera darle una repetida posibilidad de reparar la triple negación. Pedro ya ha aprendido, escarmentado en su propia miseria: está hondamente convencido de que sobran aquellos temerarios alardes, consciente de su debilidad. Por eso, pone todo en manos de Cristo. *Señor, tú sabes que te amo*» (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 267). La entrega del Primado a Pedro fue directa e inmediata. Así lo ha entendido siempre la Iglesia y lo definió en el Concilio Vaticano I: «Enseñamos, pues, y declaramos que, según los testimonios del Evangelio, el primado de jurisdicción sobre la Iglesia universal de Dios fue prometido y conferido inmediata y directamente al bienaventurado Pedro por Cristo Nuestro Señor (...). Porque sólo a Simón Pedro confirió Jesús después de su resurrección la jurisdicción de pastor y rector supremo sobre todo su rebaño, diciendo: ‘Apacienta mis corderos’. ‘Apacienta mis ovejas’» (*Pastor Aeternus, Dz-Sch 3053*).

El Primado es una gracia que se confiere a Pedro y a sus sucesores los Papas; es uno de los elementos fundacionales de la Iglesia para custodiar y proteger su unidad: «Para que el episcopado fuera uno e indiviso y la universal muchedumbre de los creyentes se conservara en la unidad de la fe y de la comunión (...) al anteponer al bienaventurado Pedro a los demás Apóstoles, en él instituyó un principio perpetuo de una y otra unidad, y un fundamento visible» (*Pastor Aeternus, Dz-Sch 3051*; cfr Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 18). Por tanto, el Primado de Pedro se perpetúa en todos y cada uno de sus sucesores por disposición de Cristo, no por costumbre o legislación humana.

En razón del Primado, Pedro, y cada uno de sus sucesores, es Pastor de toda la Iglesia y Vicario de Cristo en la tierra, porque desempeña la potestad vicaria del mismo Cristo. El amor al Papa, al que Santa Catalina de Siena llamaba «el dulce Cristo en la tierra», debe estar cuajado de oración, sacrificio y obediencia.

⁴⁸ Según la tradición, San Pedro siguió a su Maestro hasta morir crucificado, cabeza abajo. «Pedro y Pablo sufrieron martirio en Roma durante la persecución de Nerón a los cristianos, que ocurrió entre los años 64 al 68. El martirio de ambos Apóstoles lo recuerda San Clemente, sucesor del mismo Pedro en la Sede de la Iglesia Romana, que escribiendo a los Corintios les propone *los ejemplos generosos de los dos atletas*, con estas palabras: *a causa de los celos y de la envidia, los que eran columnas principales y santísimas padecieron persecución y lucharon hasta la muerte*» (Pablo VI, *Exhortación Apostólica «Petrum et Paulum»*, 22-II-1967).

«Sígueme»: Esta palabra evocaría en el Apóstol su primera llamada (cfr Mt 4,19) Y las condiciones de entrega absoluta que el Señor impone a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Le 9,23). El propio San Pedro, en una de sus cartas, nos deja el testimonio de que la exigencia de la Cruz es necesaria para todo cristiano: «Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1 Pe 2,21).

⁴⁹ Según San Ireneo (*Adversus haereses*, II, 22,5; III, 3,4) San Juan vivió más tiempo que los demás Apóstoles, alcanzando hasta los tiempos de Trajano (años 98-117). Quizás el Evangelista escribió estos versículos para deshacer

CONCLUSIÓN (21,24-25)

24 Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero⁵⁰. 25 Hay, además, otras muchas cosas que hizo Jesús y que, si se escribieran una por una, pienso que ni aun el mundo podría contener los libros que se tendrían que escribir⁵¹.

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Artículo 5

“JESUCRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS”

631 “Jesús bajó a las regiones inferiores de la tierra. Este que bajó es el mismo que subió” (Ef 4, 9-10). El Símbolo de los Apóstoles confiesa en un mismo artículo de fe el descenso de Cristo a los infiernos y su Resurrección de los muertos al tercer día, porque es en su Pascua donde, desde el fondo de la muerte, él hace brotar la vida:

Christus, filius tuus,
qui, regressus ab inferis,
humano generi serenus illuxit,
et vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.

(Es Cristo, tu Hijo resucitado,
que, al salir del sepulcro,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos. Amén).

(MR, Vigilia pascual 18: Exultet)

Párrafo 1 CRISTO DESCENDIO A LOS INFIERNOS

632 Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuales Jesús “resucitó de entre los muertos” (Hch 3, 15; Rm 8, 11; 1 Co 15, 20) presuponen que, antes de la resurrección,

aquella opinión de que él no moriría. Según el texto, Jesús no responde a la pregunta de Pedro. Lo importante no es satisfacer la curiosidad acerca del futuro, sino servir con fidelidad al Señor siguiendo el camino que a cada uno le marca.

⁵⁰ Se apela al testimonio del discípulo «a quien Jesús amaba» como garantía de la veracidad de cuanto se ha escrito desde el comienzo del libro. Todo lo que este Evangelio dice debe ser retenido por los lectores como absolutamente verídico.

Muchos comentaristas modernos suponen que los versículos 24 y 25 fueron añadidos por unos discípulos del Apóstol, como conclusión al Evangelio, cuando empezó a difundirse, poco después de que San Juan lo hubiera acabado. En cualquier caso, el hecho es que ambos versículos aparecen en todos los manuscritos existentes del cuarto Evangelio.

⁵¹ Lo que San Juan nos ha narrado bajo la inspiración del Espíritu Santo tiene una finalidad: fortalecer nuestra fe en Jesucristo mediante la consideración de lo que Él hizo y enseñó. Nunca agotaremos el rico e insondable contenido de la figura de Nuestro Señor, como tampoco lo agota el cuarto Evangelio.

«Cuando comienza uno a interesarse por Jesucristo ya no le puede dejar. Siempre queda algo que saber, algo que decir; queda lo más importante. San Juan Evangelista termina su Evangelio precisamente así (Jn 21,25). Es tan grande la riqueza de las cosas que se refieren a Cristo, tanta la profundidad que hemos de explorar y tratar de comprender (...), tanta la luz, la fuerza, la alegría, el anhelo que de Él brotan, tan reales son la experiencia y la vida que de Él nos viene, que parece inconveniente, anticientífico, irreverente, dar por terminada la reflexión que su venida al mundo, su presencia en la historia y en la cultura, la hipótesis, por no decir la realidad de su relación vital con nuestra propia conciencia, honestamente exige de nosotros» (Pablo VI, *Audiencia General*, 20-II-1974).

permaneció en la morada de los muertos (cf. Hb 13, 20). Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf. 1 P 3,18-19).

- 633 La Escritura llama infiernos, sheol, o hades (cf. Flp 2, 10; Hch 2, 24; Ap 1, 18; Ef 4, 9) a la morada de los muertos donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios (cf. Sal 6, 6; 88, 11-13). Tal era, en efecto, a la espera del Redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos (cf. Sal 89, 49; 1 S 28, 19; Ez 32, 17-32), lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica como lo enseña Jesús en la parábola del pobre Lázaro recibido en el “seno de Abraham” (cf. Lc 16, 22-26). “Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos” (Catech. R. 1, 6, 3). Jesús no bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados (cf. Cc. de Roma del año 745; DS 587) ni para destruir el infierno de la condenación (cf. DS 1011; 1077) sino para liberar a los justos que le habían precedido (cf. Cc de Toledo IV en el año 625; DS 485; cf. también Mt 27, 52-53).
- 634 “Hasta a los muertos ha sido anunciada la Buena Nueva...” (1 P 4, 6). El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo pero inmensamente amplía en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención.
- 635 Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte (cf. Mt 12, 40; Rm 10, 7; Ef 4, 9) para “que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan” (Jn 5, 25). Jesús, “el Príncipe de la vida” (Hch 3, 15) aniquiló “mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Hb 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado “tiene las llaves de la muerte y del Hades” (Ap 1, 18) y “al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos” (Flp 2, 10).

Un gran silencio reina hoy en la tierra, un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio porque el Rey duerme. La tierra ha temblado y se ha calmado porque Dios se ha dormido en la carne y ha ido a despertar a los que dormían desde hacía siglos... Va a buscar a Adán, nuestro primer Padre, la oveja perdida. Quiere ir a visitar a todos los que se encuentran en las tinieblas y a la sombra de la muerte. Va para liberar de sus dolores a Adán encadenado y a Eva, cautiva con él, El que es al mismo tiempo su Dios y su Hijo...’Yo soy tu Dios y por tu causa he sido hecho tu Hijo. Levántate, tú que dormías porque no te he creado para que permanezcas aquí encadenado en el infierno. Levántate de entre los muertos, yo soy la vida de los muertos (Antigua homilía para el Sábado Santo).

RESUMEN

- 636 En la expresión “Jesús descendió a los infiernos”, el símbolo confiesa que Jesús murió realmente, y que, por su muerte en favor nuestro, ha vencido a la muerte y al Diablo “Señor de la muerte” (Hb 2, 14).
- 637 Cristo muerto, en su alma unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido.

Párrafo 2 AL TERCER DIA RESUCITO DE ENTRE LOS MUERTOS

638 “Os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús (Hch 13, 32-33). La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz:

Cristo resucitó de entre los muertos.

Con su muerte venció a la muerte.

A los muertos ha dado la vida.

(Liturgia bizantina, Tropario de Pascua)

I EL ACONTECIMIENTO HISTORICO Y TRANSCENDENTE

639 El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya San Pablo, hacia el año 56, puede escribir a los Corintios: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce: “(1 Co 15, 3-4). El Apóstol habla aquí de la tradición viva de la Resurrección que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco (cf. Hch 9, 3-18).

El sepulcro vacío

640 “¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (cf. Jn 20,13; Mt 28, 11-15). A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (cf. Lc 24, 3. 22- 23), después de Pedro (cf. Lc 24, 12). “El discípulo que Jesús amaba” (Jn 20, 2) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “las vendas en el suelo”(Jn 20, 6) “vio y creyó” (Jn 20, 8). Eso supone que constató en el estado del sepulcro vacío (cf. Jn 20, 5-7) que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido el caso de Lázaro (cf. Jn 11, 44).

Las apariciones del Resucitado

641 María Magdalena y las santas mujeres, que venían de embalsamar el cuerpo de Jesús (cf. Mc 16,1; Lc 24, 1) enterrado a prisa en la tarde del Viernes Santo por la llegada del Sábado (cf. Jn 19, 31. 42) fueron las primeras en encontrar al Resucitado (cf. Mt 28, 9-10;Jn 20, 11-18).Así las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Cristo para los propios Apóstoles (cf. Lc 24, 9-10). Jesús se apareció en seguida a ellos, primero a Pedro, después a los Doce (cf. 1 Co 15, 5). Pedro, llamado a confirmar en la fe a sus hermanos (cf. Lc 22, 31-32), ve por tanto al Resucitado antes que los demás y sobre su testimonio es sobre el que la comunidad exclama: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” (Lc 24, 34).

642 Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales compromete a cada uno de los Apóstoles - y a Pedro en particular - en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del Resucitado, los apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de

la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía. Estos “testigos de la Resurrección de Cristo” (cf. Hch 1, 22) son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los apóstoles (cf. 1 Co 15, 4-8).

- 643 Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por él de antemano (cf. Lc 22, 31-32). La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, los evangelios nos presentan a los discípulos abatidos (“la cara sombría”: Lc 24, 17) y asustados (cf. Jn 20, 19). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y “sus palabras les parecían como desatinos” (Lc 24, 11; cf. Mc 16, 11. 13). Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua “les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado” (Mc 16, 14).
- 644 Tan imposible les parece la cosa que, incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía (cf. Lc 24, 38): creen ver un espíritu (cf. Lc 24, 39). “No acaban de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados” (Lc 24, 41). Tomás conocerá la misma prueba de la duda (cf. Jn 20, 24-27) y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, “algunos sin embargo dudaron” (Mt 28, 17). Por esto la hipótesis según la cual la resurrección habría sido un “producto” de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació - bajo la acción de la gracia divina- de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

El estado de la humanidad resucitada de Cristo

- 645 Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto (cf. Lc 24, 39; Jn 20, 27) y el compartir la comida (cf. Lc 24, 30. 41-43; Jn 21, 9. 13-15). Les invita así a reconocer que él no es un espíritu (cf. Lc 24, 39) pero sobre todo a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido martirizado y crucificado ya que sigue llevando las huellas de su pasión (cf. Lc 24, 40; Jn 20, 20. 27). Este cuerpo auténtico y real posee sin embargo al mismo tiempo las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere (cf. Mt 28, 9. 16-17; Lc 24, 15. 36; Jn 20, 14. 19. 26; 21, 4) porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (cf. Jn 20, 17). Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un jardinero (cf. Jn 20, 14-15) o “bajo otra figura” (Mc 16, 12) distinta de la que les era familiar a los discípulos, y eso para suscitar su fe (cf. Jn 20, 14. 16; 21, 4. 7).
- 646 La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naim, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena “ordinaria”. En cierto momento, volverán a morir. La resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida

divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es “el hombre celestial” (cf. 1 Co 15, 35-50).

La resurrección como acontecimiento trascendente

- 647 “¡Qué noche tan dichosa, canta el ‘Exultet’ de Pascua, sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos!”. En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso, Cristo resucitado no se manifiesta al mundo (cf. Jn 14, 22) sino a sus discípulos, “a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo” (Hch 13, 31).

II LA RESURRECCION OBRA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

- 648 La Resurrección de Cristo es objeto de fe en cuanto es una intervención trascendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres personas divinas actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que “ha resucitado” (cf. Hch 2, 24) a Cristo, su Hijo, y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad - con su cuerpo - en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente “Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 3-4). San Pablo insiste en la manifestación del poder de Dios (cf. Rm 6, 4; 2 Co 13, 4; Flp 3, 10; Ef 1, 19-22; Hb 7, 16) por la acción del Espíritu que ha vivificado la humanidad muerta de Jesús y la ha llamado al estado glorioso de Señor.
- 649 En cuanto al Hijo, él realiza su propia Resurrección en virtud de su poder divino. Jesús anuncia que el Hijo del hombre deberá sufrir mucho, morir y luego resucitar (sentido activo del término) (cf. Mc 8, 31; 9, 9-31; 10, 34). Por otra parte, él afirma explícitamente: “doy mi vida, para recobrarla de nuevo... Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo” (Jn 10, 17-18). “Creemos que Jesús murió y resucitó” (1 Te 4, 14).
- 650 Los Padres contemplan la Resurrección a partir de la persona divina de Cristo que permaneció unida a su alma y a su cuerpo separados entre sí por la muerte: “Por la unidad de la naturaleza divina que permanece presente en cada una de las dos partes del hombre, éstas se unen de nuevo. Así la muerte se produce por la separación del compuesto humano, y la Resurrección por la unión de las dos partes separadas” (San Gregorio Niceno, res. 1; cf también DS 325; 359; 369; 539).

III SENTIDO Y ALCANCE SALVIFICO DE LA RESURRECCION

- 651 “Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe” (1 Co 15, 14). La Resurrección constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido.
- 652 La Resurrección de Cristo es cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento (cf. Lc 24, 26-27. 44-48) y del mismo Jesús durante su vida terrenal (cf. Mt 28, 6; Mc 16, 7; Lc 24, 6-

- 7). La expresión “según las Escrituras” (cf. 1 Co 15, 3-4 y el Símbolo niceno-constantinopolitano) indica que la Resurrección de Cristo cumplió estas predicciones.
- 653 La verdad de la divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección. Él había dicho: “Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy” (Jn 8, 28). La Resurrección del Crucificado demostró que verdaderamente, él era “Yo Soy”, el Hijo de Dios y Dios mismo. San Pablo pudo decir a los Judíos: “La Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros... al resucitar a Jesús, como está escrito en el salmo primero: ‘Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy’” (Hch 13, 32-33; cf. Sal 2, 7). La Resurrección de Cristo está estrechamente unida al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios: es su plenitud según el designio eterno de Dios.
- 654 Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) “a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida” (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: “Id, avisad a mis hermanos” (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.
- 655 Por último, la Resurrección de Cristo - y el propio Cristo resucitado - es principio y fuente de nuestra resurrección futura: “Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron ... del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1 Co 15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En El los cristianos “saborean los prodigios del mundo futuro” (Hb 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina (cf. Col 3, 1-3) para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquél que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5, 15).

RESUMEN

- 656 La fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios.
- 657 El sepulcro vacío y las vendas en el suelo significan por sí mismas que el cuerpo de Cristo ha escapado por el poder de Dios de las ataduras de la muerte y de la corrupción. Preparan a los discípulos para su encuentro con el Resucitado.
- 658 Cristo, “el primogénito de entre los muertos” (Col 1, 18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma (cf. Rm 6, 4), más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo (cf. Rm 8, 11).
-